

Despedida de Bernardo López Melero.

En una ocasión en la que le pidieron a Winston Churchill que pronunciara unas breves palabras, respondió que hablar durante una o más horas era fácil para él. Pero que hacer un discurso coherente de sólo unos minutos le resultaba muy difícil, y eso deberían habérselo solicitado con varias semanas de antelación. Valga esta digresión para justificarme, ya que hace sólo tres días que Alberto me pidió intervenir en este acto nostálgico en honor de Bernardo. Por otro lado estoy bastante de acuerdo con Simone Signoret cuya autobiografía se titula, precisamente, "La nostalgia es siempre un error". Espero, no obstante, que en este caso no se cumpla el adagio.

Bernardo pertenece a una promoción, siguiente a la mía, en las cohortes de la Complutense, a finales de los sesenta y principios de los setenta del pasado siglo, cuando el corsé del régimen franquista estaba haciéndose añicos por muchos sitios, aunque seguía manteniendo su dureza.

Por lo que le conozco, me parece que la música y las matemáticas han sido las grandes aficiones de Bernardo, yo diría que con un toque coral en ambas. En Matemáticas ha ayudado en la investigación a muchos y se ha volcado en la docencia, y en cuanto a la música le hemos visto ocupado con los madrigales de Monteverdi, las Cantatas de Bach y aprendiendo a tocar el Serpentón. Ha practicado también algunos deportes como el parapente, la bicicleta y correr por las cimas de las montañas, que, curiosamente, son de un carácter más individualista. Pero nunca pretendió formar parte del legendario y glorioso equipo de fútbol sala de nuestro Departamento.

Hacia finales de los ochenta, junto con Patricio Cifuentes, Paco Bernis y Luis Ribes recorrí la "Cuerda Larga", subiendo a la Najarra desde Miraflores y acabando en el puerto de Navacerrada, después de bajar la Bola del Mundo. Nos llevó más de seis horas, pero cuando andábamos por la mitad, allá por la loma de Bailanderos, o quizás la primera Cabeza de Hierro, nos pasó Bernardo como una exhalación, junto a un pequeño grupo de esforzados atletas que estaban entrenándose para no recuerdo que maratón por las montañas, y que completaron el recorrido en la mitad del tiempo que nos llevó a nosotros. Cuando llegamos derrengados al puerto de Navacerrada, unas buenas samaritanas del Departamento nos recogieron en sus coches y nos llevaron a Garganta de los Montes, que era el pueblo en el que Bernardo tenía entonces su residencia y donde nos había preparado un agasajo, con el que recuperamos fuerzas y pudimos recomponer la figura.

Nuestros estudios de Licenciatura coincidieron con la agitación universitaria de los años 68 y 69, pero pertenecer a dos promociones distintas hace que yo tenga escasos recuerdos de la presencia de Bernardo en la Facultad. Aunque si me llegaron entonces algunas noticias acerca de un estudiante brillante que, además, había sido el primero de su escalafón en las milicias universitarias.

El período 1966-71 que en parte compartimos en la Complutense fue un tiempo extraordinario en cuanto a la ebullición de ideas, teorías, y cambios en el estilo de nuestras vidas. La guerra del Vietnam estaba entonces muy vigente. La Facultad era casi un desierto cultural desde el punto de vista de la Ciencia, pero un lugar muy estimulante en cuanto a todo lo demás. Había un catedrático que tenía organizada una batalla de varios meses de duración, no se sabe si a favor o en contra de las formas canónicas de Jordan, llenando muchas pizarras con unos espacios llamados M-gótica en los que vivían unos vectores flechados cuyo nombre era urreayas. Luego nos sumergía en el proceloso mundo de la geometría proyectiva "a la italiana",

donde, entre otros, había un ente llamado “el absoluto” y nos decía, muy seriamente, que las cónicas degeneradas de puntos son el lugar geométrico de los puntos tales que “incidentes con su polar o conjugados dobles”. Mis compañeros se divertían cantando con cierta guasa, al ritmo popular de la cucaracha, el estribillo: “las polares de los puntos, de los puntos de una recta, pasan todas por un punto, que es el polo de la recta”.

Hablando de canciones, las asambleas podían terminarse con una balada de la lucha sindical norteamericana (We shall not be moved) que traducida al castellano por Julio Cerón la había cantado Joan Baez : “No, no nos moverán, igual que al pino junto a la ribera, no nos moverán...”. También la de Raimon. “Al vent, la cara al vent, el cor al vent, les mans al vent, els ulls al vent, al vent del mon”. Y la que Bob Dylan había dedicado a la Guerra del Vietnam: “How many times must a man look up before he sees the sky? Yes, and how many ears must one man have before he can hear people cry? The answer, my friend is blowing in the wind, the answer is blowing in the wind. Y, claro, también las canciones de Paco Ibáñez con poemas de Góngora, Machado, Lorca o José Agustín Goytisolo, las palabras para Julia, o León Felipe: “Como tú, piedra pequeña, como tú, piedra ligera, como tú guijarro humilde de las carreteras, Como tú, que en días de tormenta te hundes en la tierra, cómo tú...”

Fue después, a la vuelta de Estados Unidos, cuando conocí a Bernardo más de cerca: asistió a un curso de doctorado que impartí en la Complutense y, ante la sorpresa de algunos, me pidió trabajar en una tesis doctoral. Nuestro Departamento de la Autónoma se fraguó en tiempos de la movida, las primeras películas de Almodóvar y los bandos del alcalde Tierno Galván. Bernardo colaboró con su habitual entusiasmo en múltiples tareas, que sirvieron para convertir aquel sitio inhóspito y desolado de antaño en un lugar donde se pudiera investigar y disfrutar de las Matemáticas, y en el que algunos, quizás demasiado ingenuos, quisimos crear un foco de modernidad que se proyectara en otras universidades de nuestro país.

En el año 1980 presenté, como investigador principal, un proyecto a la entonces Comisión Asesora en el que participó todo el Departamento, o mejor dicho la entonces División de Matemáticas, y por el que logramos 11 millones de pesetas que nos permitieron dotarnos de algunas infraestructuras básicas. Por ejemplo de una buena fotocopiadora. Así es que le pedí a Bernardo que me acompañara a la feria del SIMO, donde nos pasamos una tarde viendo las distintas máquinas. Finalmente nos decidimos, más bien se decidió Bernardo, por una Canon que fue nuestra primera fotocopiadora moderna, y con la que iniciamos el dudoso proceso de clonar la biblioteca de la Complutense, cuyos resultados parciales todavía pueden encontrarse en la nuestra.

Aquí defendió su tesis doctoral titulada: Análisis armónico: tres escenarios, que contiene varios resultados muy interesantes que fueron luego publicados en buenas revistas. En la introducción puede leerse la siguiente frase: “Durante varios años he sido testigo, y partícipe en la medida que pude, de una lucha por reedificar la universidad sobre principios nuevos, entre los cuales la sustitución de la Tesis Doctoral y otros tipos de santificación personal por sistemas de control que pusieran menos énfasis en la originalidad y más en la continuidad del trabajo y la capacidad de colaboración; la más elemental fidelidad a esa lucha, cuyo fuego aún arde en diversas formas para gran desazón de muchos, me obliga a hacer esta declaración en lugar de las expresiones de gratitud que caracterizarían a esta memoria como alguna especie de momento solemne de mi vida o de éxito particularmente mío”.

Cuando terminó la lectura, algunos miembros del tribunal entre los que se encontraban Manuel Valdivia, Alberto Dou y Miguel de Guzmán, me comentaron en privado, con cierta guasa, que esa frase les había llamado la atención y que tenía claramente el marchamo de mi

estilo. Les tuve que sacar del error, porque como todos los aquí presentes sabéis de sobra es una frase totalmente Bernardiana, y en la que yo no podría haber tenido ninguna influencia.

Entre las condiciones que yo usaba poner a mis estudiantes de doctorado de aquellos tiempos, estaban, por su parte, la de obsequiarme con una copia encuadernada en piel de la tesis; y el compromiso, por mi lado, de preocuparme de su primer trabajo fuera del Departamento. Así que Bernardo acabó pasando una temporada en el Instituto Mittag Leffler de Estocolmo, como también hicieron Alberto y Tomeu en Minnesota y Luis Vega en Chicago. Sitios todos de inviernos muy fríos, que algunos de ellos todavía no me han perdonado, pero que pienso que les sirvieron a todos para potenciar sus respectivas carreras. En el caso de Bernardo, durante algún tiempo me llegaron las bromas y comentarios de mis amigos del Análisis Armónico acerca de aquel alumno de Antonio tan eficiente y organizado que, entre otras varias mejoras, había hecho cambiar a Lennart Carleson la disposición de las sillas del seminario de su Instituto.

Dicen que jubilado viene de júbilo. Con todos ustedes. le deseo a Bernardo que disfrute de ello con la intensidad y el entusiasmo que siempre le ha caracterizado.